

La pobreza, cara oculta del planeta azul

Acabo de recibir una llamada reclamando mi ayuda para mitigar alguno de los graves problemas que padece la humanidad. Entre otras informaciones, aparece una «pegatina» en la que se lee: «1996, Año Internacional contra el Hambre». He de decir que soy poco amigo de las efemérides impersonales, especialmente de las que apelan a nuestra conciencia ciudadana, a la solidaridad o a la simple y mera educación. Sin embargo, todo lo que se relaciona con la inequidad en la distribución de los recursos primarios, conmueve profundamente mis entrañas, como las de la inmensa mayoría de los ciudadanos. Nada más legítimo e íntimamente satisfactorio que dedicar cuantos más esfuerzos mejor en la erradicación de las desigualdades nacidas de la injusticia.

Ahora bien, ¿cuál es el procedimiento más idóneo para resolver esta situación? Las dimensiones del problema pueden desanimar a cualquiera que se aproxime pertrechado de buena voluntad. Hay multitud de ejemplos admirables de personas que dedican su vida a los hombres más necesitados, sin preocuparse por ninguno de los derechos vigentes en las sociedades ricas de las que proceden. Es una realidad sólo al alcance de los seres excepcionales. El llamado «ciudadano medio», al que se le pide una ayuda económica, una limosna, algún tipo de apoyo, también puede contribuir a mejorar la vida en el mundo paso a paso.

Mi actividad profesional es el ejercicio de la ciencia y la enseñanza en la Universidad. Por ello, deseo llamar la atención sobre los objetivos profundos de nuestro trabajo. ¿Para qué estudiamos derecho, profesorado de básica, filología, veterinaria o ingeniería?

Debemos entender como «ciencia» aquella capacidad humana que permite y trata de comprender y explicar, racionalmente, los fenómenos que se producen en el entorno. La capacidad de almacenar conocimientos y experiencias, otorgan a la especie humana la virtualidad de agregación y modificación de las aportaciones de otros individuos. Y ello, simple y llanamente, *para hacer más feliz al hombre sobre el mundo*. A través del derecho pretendemos implantar un desarrollo racional de las relaciones humanas mediante la aplicación de amplios convenios perfectibles. El profesorado de los distintos niveles trata de dotar a los individuos de las herramientas racionales más adecuadas para una convivencia próspera. La filología incide en el problema básico de la comunicación. Las ciencias sanitarias y biológicas estudian los mecanismos de la salud y de la vida para perfeccionarlos. Las ingenierías velan porque las construcciones y los instrumentos alcancen la mejor relación eficacia-coste.

En definitiva, la ciencia persigue las complejas e inabarcables condiciones del bienestar. La justicia, la libertad, la salud, la prosperidad material y la sabiduría, al fin, pueden ser expresiones más o menos afortunadas del bienestar humano. Así parece desde los más remotos orígenes de la ciencia, a través de interpretaciones constructivas y deformaciones monstruosas.

«Preferí la sabiduría a los cetros y a los tronos y en su comparación en nada tuve a la riqueza. No la equiparé con la piedra más preciosa, porque todo el oro a su lado es un poco de arena y junto a ella la plata vale lo que el barro. La preferí a la salud y a la belleza» (*Libro de la Sabiduría*, 7, 7-10, circa 50 a.C.)

¿Dónde estamos, pues? ¿Qué hemos conseguido? ¿La especie humana, en 1966, ha logrado niveles aceptables de justicia, de libertad, de salud, de bienestar material o espiritual? Creo que todos estaremos de acuerdo en que no, lo que concede un sentido vigoroso a la profundización científica. Pero tampoco pretendo que esta respuesta negativa tenga un carácter absoluto y, consecuentemente, pesimista. Existen cuotas de bienestar sin que nos interese en nuestros propósitos si cualquier tiempo pasado fue mejor o peor. Nuestro cometido se circunscribe al presente y al futuro. Lo que en modo alguno implica renunciar al conocimiento profundo del pasado, sobre todo por su contenido pedagógico.

Este fracaso de la humanidad, probablemente demasiado manido, es al que hoy quiero referirme con el único fin de estimular nuestra responsabilidad intelectual. Sólo esbozaré tres aspectos íntimamente conectados, como son las desigualdades entre los hombres, el controvertido problema del desarrollo y la cooperación entre sociedades a la luz del nacionalismo en nuestros días. Los medios de información nos ofrecen a diario datos y motivos de reflexión. Entresaco algunas noticias más o menos recientes que pueden apoyar nuestra reflexión: La aparición de una epidemia de peste en la India; el quincuagésimo aniversario de la conferencia de Bretton Woods y de la ONU; y el debate diversificado sobre el nacionalismo y sus múltiples encarnaciones. Todo ello ofrece un denominador común: desigualdades vergonzantes que ocultamos bajo la alfombra, porque todos parecemos estar de acuerdo en que la pobreza es fea. La pobreza material y la pobreza espiritual, tan próximas y tan contradictorias. Algo que tratamos de ocultar y que no se aprecia desde los artilugios espaciales, sin darnos cuenta de que el planeta, la humanidad, es un cuerpo enfermo. Sobrevivir a la amputación del 80 % es como pensar en un enfermo a que sólo le sobreviviera un brazo.

I. LOS ABISMOS DE LA DESIGUALDAD

Surat, foco de la epidemia aludida, cuenta con un retrete por cada 150 familias. La «Ciudad de la Alegría», en Calcuta, produce diariamente 3.200 toneladas de desperdicios que permanecen en las calles como ineludible elemento de paisaje urbano. Los medios rurales africanos presentan imágenes como las ofrecidas cada dos por tres sobre Ruanda, Burundi, Etiopía..., y que pueden «enriquecerse» con los guettos surafricanos, los garimpeiros de Brasil, o los niños de la calle masivamente producidos en las favelas. En términos estadísticos, aparentemente más higiénicos y bien sonantes, la quinta parte de la humanidad dispone del 82,7 % del PIB, lo que significa que los cuatro mil millones restantes han de repartirse el 17,3 % de una manera también profundamente desigual. En efecto, los mil millones más pobres sólo disponen del 1,4 %, representando el 20 % de la población.

Según la reciente publicación de Cáritas Española, *La pobreza en España hoy*, siete millones de españoles disponen de una renta anual de 470.000 pesetas, y un millón más apenas superan las 100.000 pesetas anuales en la situación denominada de pobreza severa. Puede enriquecerse con el espléndido y último informe FOESSA, instrumento valioso y diagnóstico bastante fiable, sometido a comentarios contradictorios, precisamente para ocultar lo negativo como si se tratara de enseñar la casa a una visita.

El 25 % de la población mundial consume el 70 % de la energía, el 75 % de los metales, el 85 % de la madera y el 60 % de los alimentos. La población afectada por el cólera y la disentería puede alcanzar los 250 millones, con no menos de cuatro millones anuales de muertes. 1.300 millones carecen de acceso a agua potable y 2.500 millones de hombres no disponen de servicios sanitarios.

Por cerrar este capítulo es imprescindible hacer referencia a las implicaciones demográficas, tratadas a finales del verano de 1994 por la Conferencia Mundial de Población de El Cairo. En 1950, la población mundial alcanzaba la cifra escalofriante de 2.500 millones. En la actualidad se han superado los 5.000 y se evalúa en 6.000 a finales de siglo. Robert Malthus parece que vuelve por sus fueros con incontestable virulencia, porque la mayor parte de ese crecimiento se produce en los países pobres. Bien es verdad que ello plantea un grave problema a los ricos, quienes se debaten entre los riesgos de su acelerado envejecimiento demográfico y los riesgos de una cada vez más inevitable inmigración de desheredados.

Esta incuestionable realidad genera una doble reacción: la creciente sensibilidad de la población civil rica, desasosegada por la evidencia, y las implicaciones técnicas que supone para los responsables públicos adoptar decisiones acertadas, sumidos en una maraña inextricable de intereses. En la mente de todos brillan las monjas de Ruanda, la madre Teresa de Calcuta, los médicos sin fronteras, los insumisos en Bosnia, la plataforma de 0,7 % y tantos grupos que nos alientan la condición de humanos. No me parece un simple símbolo el gesto de nuestra Comunidad Autónoma, la menos rica de España, al adelantarse en el esfuerzo presupuestario de solidaridad (santa palabra), en consonancia con uno de los atípicos discursos del presidente regional en una fiesta del 8 de setiembre, perla de inconformismo

juvenil, de responsabilidad cívica y de autocrítica del sistema político general.

Buscando una cierta objetividad, podemos preguntarnos en qué consiste el bienestar humano. Las publicaciones al respecto son innumerables, pero todas las que yo conozco introducen una importante componente subjetiva. A modo de síntesis pueden ofrecerse los objetivos de la «calidad de vida» utilizados por el Centro de Investigación de Futuros de Berlín y publicados por Koelle, la lista de las preocupaciones sociales comunes a la mayoría de países miembros de la OCDE, o las diferentes aportaciones de Drewnowski. Todas ellas se fundamentan en una relación básica de necesidades y a su grado de satisfacción: calidad material de la vida (vivienda, alimentación, higiene), calidad física (sanidad, violencia, medio ambiente), calidad mental (educación, cultura) y calidad espiritual (armonía y participación sociales, niveles ético-morales). Nadie puede dudar, sin embargo, que quienes logramos disponer de un seiscientos en los años sesenta, nos considerábamos seres poco menos que privilegiados. Es decir, que el nivel y la calidad de vida constituyen conceptos relativos y ascendentes. No puedo compartir el criterio de Drewnowski de que la calidad de vida supone una curva que parte de la privación, pasa a la insuficiencia, logra la suficiencia y se inflexiona con la abundancia. La experiencia enseña que la abundancia de una necesidad, lejos de provocar la instalación en la suficiencia, genera una nueva necesidad, en la espiral de crecimiento como «teología» del consumismo. Tampoco son desdeñables las necesidades de clase, dado el carácter relativo del bienestar. En una misma sociedad, las necesidades de armamento-seguridad y alimentación-educación, por ejemplo, presentan curvas de demanda muy diferentes para los grupos sociales ricos y los pobres. Por lo que respecta a la nutrición, las necesidades varían según el medio climático, la actividad desarrollada y la constitución de la persona, lo que no quiere decir, como es obvio, que en todos y cada uno de los aspectos considerados se producen desigualdades injustas y crueles. Habría que determinar «cuánto es bastante», remedando el título del reciente libro de Durning sobre la sociedad de consumo y el futuro de la tierra.

Pues bien, la ciencia no ha resuelto, aún, una fórmula que pueda reducir esas diferencias. Ni siquiera una metodología aceptada universalmente para aproximarse a su conocimiento. Antes al contrario, mien-

tras observamos cómo mejora la calidad de vida de la sociedad rica, cómo aumenta el número de socios del club del bienestar, el universo de desheredados no sólo no se reduce, sino que aumenta mucho más aprisa y contempla, inerme, su creciente deterioro.

II. DESARROLLO Y CRECIMIENTO

Frente a las necesidades expuestas y dramáticamente insatisfechas que acabamos de mencionar, surgen otros conceptos como deuda exterior, inflación, déficit presupuestario, PIB, crecimiento económico, etc. El estado flagrante de desigualdad e injusticia que preside el mundo actual posee una raíz económica y política, actividades ambas absolutamente interconectadas a nivel planetario.

A raíz de la primera edición de *Los límites del crecimiento*, elaborado por Meadows y el MIT para el Club de Roma, el profesor Tammes publicaba un sugerente trabajo sobre la polémica de los límites del crecimiento. Tal vez se trata de una de las controversias más apasionantes en la sociedad postindustria, como lo demuestra la reedición actualizada *Más allá de los límites del crecimiento* que Meadows preparó para el décimo aniversario de su primer trabajo.

En definitiva, parece perentorio e incontrovertible, eliminar la componente cuantitativa en el crecimiento económico, para insistir en los aspectos cualitativos que caracterizan una concepción de desarrollo compatible con la conservación de la habitabilidad de la Tierra. Al contrario, las instituciones internacionales y los responsables de las políticas económicas, siguen fundamentando sus diagnósticos sobre la salud de la economía mundial en las tasas de crecimiento del PIB, con la preocupación condicional de que no afecte a tensiones excesivamente inflacionistas.

Dos grandes problemas subyacen bajo esta reflexión: por una parte, el riesgo real de deterioro de la biosfera; por otra, la competencia entre gobiernos para conseguir los mejores resultados económicos. Si la economía y la política son asuntos interrelacionados, de manera que cualquier actuación en cualquier punto afecta a la globalidad, todavía más

universales son las implicaciones medioambientales de la actividad humana.

Una de las acusaciones más sólidas que las plataformas alternativas plantean a los proyectos del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional es, precisamente, su imperceptible sensibilidad ecológica, con mayores riesgos en los paisajes menos humanizados y, consiguientemente, más pobres en parámetros tecnológicos. Esta crítica puede extenderse hacia otras instancias. El caso de la Unión Europea es particularmente sensible para nosotros en ejemplos como la pesca del atún, el viñedo o la reforestación. Bajo argumentos de garantía democrática y liberalismo económico puede ser aceptable convertir a Extremadura, por ejemplo, en una extraordinaria reserva mundial de bosque mediterráneo. Pero existe un pequeño inconveniente: y es que en Extremadura hay extremeños que merecemos al menos el mismo respeto que las aves exóticas. Cualquier medida que trate de pasar por encima de nosotros pierde, automáticamente, toda credibilidad.

Pero se da la circunstancia de que la experiencia demuestra incontestablemente que la organización económica mundial no sólo ha dotado al mundo de una cierta estabilidad (se pueden ofrecer varias docenas de excepciones), sino que lejos de limar el abismo entre sociedades ricas y sociedades pobres, estas diferencias negativas se han incrementado. Se han buscado soluciones a través de la contención del crecimiento demográfico, pero nunca esa contención se ha buscado mediante la previa elevación del nivel de vida de los pobres. Parece evidente que en las sociedades ricas no existe riesgo grave de superpoblación, sino que las políticas demográficas se orientan en sentido contrario. ¿Es razonable que estas sociedades impongan a los pobres la solución de que reduzcan su número para que así aumente su despensa? ¿No se oculta, más bien, el recelo por la cuestión del dumping comercial que ejercen los «tigres del Pacífico», extensible a otros escenarios tercermundistas? Y si así fuera, la controversia entre los organismos económicos de la ONU y la llamada Plataforma Alternativa, ¿no se decantaría éticamente hacia el lado de quienes consideran que «cincuenta años bastan» como experiencia? La hipocresía de las soluciones demográficas resta credibilidad a los intentos de solidaridad institucional.

Podría plantearse la ficción de que la humanidad rica se reprodujera profusamente, despreocupada por las necesidades básicas de sus vás-

tagos, mientras que las sociedades pobres, abatidas por su indigencia, se fueran extinguiendo, sin ánimos para reproducirse. La realidad no es esa en ninguna de las especies vivas. En ese caso, si existe voluntad para mitigar las diferencias, ¿no sería preciso un tratamiento diferente? Porque el liberalismo ha demostrado eficiencia económica y secuelas de prosperidad, pero ¿para quién?; pues naturalmente para los defensores del liberalismo. Puede plantearse la cuestión científica de las consecuencias nefastas de una actitud radical en esos términos, lo que parece evidente. Pero estos días asistimos a un rebrote de fundamentalismo liberal que no puede sostenerse científicamente salvo en algún laboratorio de los horrores.

III. LA «ALDEA» DEL MUNDO

No hace mucho tiempo, aprovechando la perplejidad universal, los defensores del liberalismo económico no dudaron en proclamar la evidente infalibilidad de un sistema. El antídoto contra los escarceos de la dictadura del proletariado era la libertad. La cuenta cuadraba por los cinco costados. Mas hete aquí que la descomposición de la URSS, la unificación alemana y el arco tártaro (Balcanes, Cáucaso, Kurdistán y Afganistán) se encargaron de demostrar que la enfermedad de los sistemas era sensiblemente más compleja.

La implantación del capitalismo tropieza, entre otras cosas, con la trampa del nacionalismo. Los estados bálticos, pioneros, tuvieron la fortuna del que da primero. Checos y eslovacos fueron una rara excepción, no del todo resuelta (la cuestión gitana en Eslovaquia es un grueso borrón de consecuencias todavía imprevisibles). Más acá repuntan, con nuevos argumentos, los piamonteses, corsos, catalanes, vascos, flamencos, galeses, escoceses, irlandeses o quebequeses.

En España, la conferencia autonómica del Senado parece haberse planteado la evaluación del funcionamiento de la Constitución de 1978. Los «hechos diferenciales», las nacionalidades históricas y las Comunidades Autónomas de a pie han puesto de relieve que la soberanía puede cuantificarse en pesetas, único idioma todavía indiscutido. Las «razones

de justicia y solidaridad» esgrimidas por el presidente del gobierno español parece que han de colocarse en un contexto diferente al de la administración doméstica. Son más propias del discurso europeísta, en el que se debaten los atunes, las viñas, las vacas y las naranjas. Para entendernos hemos de establecer, previamente, en qué celdilla del palacio de Knosos nos encontramos, sin que Dédalo permita el funcionamiento de los vasos comunicantes: una cosa es la integración europea y otra la desintegración española; una cosa es la justicia y la solidaridad y otra, muy distinta, la ideología de Juan Palomo.

Villaescusa, en *El rey pasmado*, demuestra la intemporalidad de la divinidad al favorecer los intereses españoles porque sabía de sus futuras oraciones. Hoy, el fax, la fibra óptica, los satélites de comunicación, Internet, nos permiten conocer el resultado de nuestras plegarias a renglón seguido. Las computadoras logran la traducción simultánea de manera automática y se pueden dirigir las empresas más alejadas desde un campo de golf en el medio rural. Existen diferencias de raza, de cultura, de credos, de lenguas, de costumbres, de bienestar y hasta de hora entre los hombres alrededor de esta pequeña esfera tan manejable. Son estas diferencias las que generan el fenómeno del nacionalismo.

Pero el nacionalismo es un fenómeno complejo. María Moliner lo define como «intensa devoción por el país propio, que llega a veces al exclusivismo, que se manifiesta en el afán por su grandeza y, especialmente, por su independencia en todos los órdenes». La complejidad afecta a los contenidos semánticos y a los matices de conceptos próximos: país, nación, pueblo, estado, patria, cultura, raza, etc. Nación puede entenderse como la «comunidad de personas que viven en un territorio regido todo él por el mismo gobierno y unidos por lazos étnicos o de historia», pero también, como la «comunidad de personas de la misma raza, con los mismos usos, particularmente el mismo idioma, que, por alguna razón histórica, ocupa un territorio dividido entre varios países». Ese es, para algunos, el conocido caso de Euskalerría, o las secuelas del Tratado de Berlín sobre las etnias africanas, en la raíz de numerosos y sangrientos conflictos (Biafra, Liberia, Ruanda).

La devoción por la tierra propia y el esfuerzo por lograr su constante mejora debe considerarse una actitud éticamente irreprochable. Más dificultades encontramos en el nacionalismo exclusivista, es decir, que rechaza y persigue lo que no es propio. La unificación mundial, su

integración real y efectiva, parecen el natural corolario de la técnica. Los exclusivismos nacionalistas, por su parte, se encargan de demostrar que el progreso humano posee caracteres dialécticos al oponerse testarudamente a la integración.

Desde un punto de vista geográfico el problema admite un tratamiento plural. Por una parte, debe considerarse al hombre, hijo de sus circunstancias, sin responsabilidad individual sobre el espacio en el que desarrolla su vida: todos somos nacidos sin nuestra intervención. Por otra, existe una perspectiva social e histórica que influye poderosamente sobre las características del territorio.

Desde el primer aspecto, nadie es responsable de su raza, de su nacionalidad, de su idioma, de su pasado. Es razonable una carga de afectividad, incluso biológica, sobre todo lo que es próximo al individuo. Y, desde luego, cada persona se va cargando de responsabilidad sobre la gestión de su presente y las expectativas de futuro del ambiente en el que vive. El perfeccionamiento del habitat en sus variables económicas, políticas y culturales, se convierte en un objetivo ineludible. Lo que no significa, en modo alguno, justificación para actitudes en que la propia perfección se nutra del deterioro de la perfección ajena.

Desde la segunda óptica, la sociedad administra la gestión del espacio y de los recursos en un ambiente de competitividad. El progreso social se fundamenta más en la posición relativa respecto a sociedades ajenas que en el grado de bienestar objetivo que puedan lograr sus miembros. En este sentido, no existe límite perfecto, justificándose toda la filosofía del crecimiento permanente.

A través de la vida de mi generación hemos contemplado cómo España ha pasado de una situación predominantemente rural a un Estado netamente urbano, alineado con las sociedades más avanzadas del planeta. Cada cual sabrá si esta realidad es mejor que aquella, porque me gusta ser relativista. Pero sí es correcta la apreciación del presidente de la comunidad extremeña cuando afirma que el nivel de vida en los pueblos de la región ronda un bienestar impensable no hace tantos años. Bienestar en lo que se refiere a comunicaciones, dotaciones de servicios (sanidad, educación, cultura, alimentación, vivienda), accesibilidad, participación, etc. El extremeño de hoy, curtido en la sangría emigratoria, contempla en sus campos a las cuadrillas de trabajadores por-

tugueses, africanos, magrebíes. Y sabemos que el hombre se arranca de sus raíces, básicamente, para mejorar su estado económico.

No es el momento de analizar la estructura económico-social de Extremadura en comparación con otras comunidades autónomas, ni de valorar nuestro sistema productivo. La renta o el PIB *per capita* es el más bajo, los índices culturales no son óptimos, los subsidios hipotecan la ilusión colectiva. Pero es indiscutible que nos encontramos instalados en la plaza mayor de la aldea del mundo.

No deja de ser irónico que Camdesus recordara en su discurso ante la Asamblea del FMI una pancarta que proclamaba: «la solidaridad es la ternura de los pueblos». Porque es absolutamente cierto, sólo que ¿qué se entiende por solidaridad? ¿Es verdad que no se puede ayudar al necesitado si no es desde una posición de solidez económica, como propugnan los teóricos del sistema? ¿No sigue siendo más cierto que los problemas de desigualdad en el mundo no los origina la escasez de recursos, sino su distribución? A fin de cuentas el cimiento sobre el que se construye teórica y realmente el liberalismo es el egoísmo humano. Sólo vale la pena recordar la parábola evangélica en que se valora más la insignificante limosna de la pobre viuda que el grueso donativo con justificante y desgravación fiscal del poderoso. La «limosna» o, más precisamente, la obligación que tenemos los estudiantes es la erradicación de las diferencias injustas, de la pobreza, desde nuestra contribución científica. Sólo así este planeta carcomido podrá verse verdaderamente azul desde el espacio.

GONZALO BARRIENTOS ALFAGEME

